

Vivencias en las excursiones del P. M. Ruiz de Gaona

MIGUEL ARBIZU SENOSIÁIN *
Y RAMIRO POMÉS RUIZ **

Los autores de este artículo tuvimos relación con el Padre Máximo durante nuestros años de bachillerato. Queremos en estas líneas recoger recuerdos de aquella época, escritos por uno u otro con espontaneidad¹. Pretendemos sólo dar unas pinceladas que reflejen –más que la valía profesional y humana de aquel profesor inolvidable– la impresión que en aquellos momentos nos causó y que todavía perdura.

El gusto por la geología y la naturaleza lo compartía con mis amigos y, al final, tres de nosotros estudiamos Ciencias Geológicas en Oviedo. Puede llamar la atención este hecho, que tres chicos –Ángel y Ramiro alumnos de los Escolapios y yo del Instituto de Pamplona– eligiéramos esos estudios. No era corriente que surgieran en Pamplona tres estudiantes de la misma edad que se inclinaran por la geología. ¿Pudo influir el Padre Máximo en nuestra elección? A mí me gustaba la geología y el trato con él hizo que cada vez me gustara más.

Inicié la relación con el Padre Máximo a través de mis amigos de Escolapios por dos caminos diferentes: el intercambio de fósiles y minerales y la asistencia a algunas de las excursiones que él organizaba para sus alumnos. De esas excursiones guardo algunos recuerdos bastante claros.

La primera fue en otoño de 1962. Visitamos algunas zonas del norte de Navarra: Velate, Señorío de Bértiz, Elizondo y Lecároz. Al menos esos son los puntos en que paramos. Fue mi primer contacto con la naturaleza explicada por un eminente naturalista, geólogo y paleontólogo.

Si vamos con orden, la primera parada la hicimos en la fuente-merendero que hay en la subida al puerto de Velate, o muy cerca de este punto. Allí recogimos muestras de conglomerados rojos del Trías. Hizo que nos fijáramos en

* Departamento de Geología (Paleontología), Facultad de Geología, 33005 Oviedo.

** Colegio Erain, San Sebastián.

1. El texto se ha escrito en primera persona, como si lo contara Miguel Arbizu recogiendo sus propios recuerdos y los de Ramiro Pomés, alumno en aquellos años del P. Máximo. El resultado es la labor conjunta de los dos firmantes.

el color peculiar de estos materiales, y también en cómo se podían comprobar las grandes presiones a que habían estado sometidos: podíamos ver que unos cantos se incrustaban en otros a pesar de ser de naturaleza silíceas.

Un poco más arriba volvimos a parar para observar el “maquis” o monte bajo dominado por las ericáceas. Hizo una serie de comentarios y entre ellos uno anecdótico: nos explicó que se había dado ese nombre, “maquis”, a los guerrilleros que pasaban de Francia unos años antes, porque en sus incursiones se refugiaban y defendían precisamente entre esos matorrales. A continuación hizo unas observaciones sobre una seta, supongo que era una *Amanita*, pues nos dijo que era muy tóxica, y que él mismo una vez la había probado y había sentido sus desagradables efectos. Imagino que sería una *Amanita muscaria*, porque siendo un gran conocedor de las setas no probaría una *Amanita phalloides* o una *Amanita pantherina* de consecuencias no sólo desagradables, sino hasta mortales.

La siguiente parada fue en el Señorío de Bértiz. No recuerdo bien qué nos indicó, pero sí hizo referencia a la flora y fauna del lugar. Nos pidió que fuéramos respetuosos con todo y que no molestáramos a los animales ¡Si él supiera cuánto nos hubiera gustado ir tras uno de esos ciervos que tuvimos la suerte de poder ver a lo lejos!

Para acabar la mañana fuimos a Elizondo, donde íbamos a dedicar un rato a conocer el pueblo y comer. Mis amigos y yo nos fuimos a unas canteras de barita que hay cerca. Comimos en las canteras y bajamos con gran cantidad de muestras de baritina, aunque con muy pocos cristales y ninguno transparente. De todos modos estábamos muy contentos con nuestro tesoro.

Por último fuimos hasta Lecároz, donde estaba previsto realizar una visita al museo de Ciencias Naturales del famoso colegio. En el museo destacaban los ejemplares de animales disecados y, además de alguna curiosidad—como un cabrito u oveja con una sola cabeza y dos cuerpos—, era especialmente valiosa la colección de aves, estaban representadas casi todas las especies que hay en Navarra. En cuanto a la geología no nos llamó demasiado la atención, era mejor en ese aspecto la colección de minerales y fósiles del Instituto y, desde luego, la del Padre Máximo en los Escolapios.

Este fue mi primer contacto con el Padre Máximo en el campo y se notaba lo a gusto que se sentía en la naturaleza, y nosotros con él. Mirábamos donde él miraba porque su cara reflejaba un interés que nos hacía pensar que algo interesante estaba delante de nosotros y, sobre la marcha, nos mostraba un detalle que a nosotros no nos había llamado la atención, pero que a partir de ese momento reconoceríamos una y otra vez. Nos estaba enseñando a observar.

Teniendo en cuenta que sufría una fuerte sordera, me impresionó mucho que nadie—ni él, ni los alumnos que le acompañábamos en la excursión—hiciera comentarios sobre ese particular, salvo alguna alusión poco afortunada que no tuvo ningún eco, porque estaba fuera de lugar. Creo que la mayoría de los chicos iban a la excursión porque tenían interés en lo que se iba a ver. A veces me he preguntado cuántos de ellos se habrán orientado hacia la geología o la biología en sus estudios; me gustaría saberlo.

Personalmente pude observar que el trato de los alumnos con el Padre Máximo era natural, no vi alumnos “pelotilleros”, ni tampoco que él tuviera especial favoritismo con ninguno. A mí, que no era alumno suyo, me trató como uno más. Y lo mismo daba que se tratara de un gran grupo, como en esa excursión, o que fuéramos tres o cuatro chicos, a los que enseñaba el museo.

Mis amigos me habían contado cómo eran sus clases: las daba con seriedad y era exigente. Procuraba mantenerse al día de los nuevos conoci-

tos, que tanto en geología como en biología, experimentaban por entonces avances decisivos.

El Padre Máximo tenía para sus alumnos una aureola de hombre sabio y gran conocedor de la naturaleza. En el Colegio se comentaban también algunas habilidades suyas: dominaba la escritura en miniatura y de unos alumnos a otros se contaba que, años atrás, había escrito el texto del Padre Nuestro en una lenteja, o un capítulo del Quijote en una tarjeta de visitas. Son cosas pequeñas, pero unas y otras hacían que sintieran por él admiración.

Ramiro, que después se ha dedicado a la Enseñanza Media, no ha olvidado la primera clase que tuvo con el Padre Máximo en 3º de bachillerato. La dedicó a explicar esta idea: en clase estamos el profesor y yo. La expuso detenidamente y con energía. En una primera apreciación parece que sólo buscaba evitar que los alumnos hablaran en clase, algo que es necesario siempre, y más teniendo en cuenta su dificultad para controlar esas conversaciones. Pero creo que había algo más: un modo muy positivo de entender la relación profesor-alumno. El profesor no enseña a un “grupo”, el grupo como tal no es capaz de aprender. A él le interesaba cada uno de sus alumnos, con sus características personales, y buscaba también que sus alumnos se sintieran personalmente responsables de cómo aprovechaban las clases, sin excusarse en la actitud de mayor o menor atención de sus compañeros.

Sabía crear a su alrededor una atmósfera de respeto. Cada uno estaba en su sitio, el profesor y el alumno, sin que por eso hubiera distancias innecesarias o se hiciera difícil la comunicación. Así se explica que un defecto físico tan grave para un profesor como la sordera, no fuera un obstáculo insalvable. Con todo a veces se producía alguna situación divertida: estando un día en clase con el Padre Máximo, pasó un autobús cerca de la ventana, a la vez que llamaba un alumno a la puerta. El pobre chaval se llevó una buena reprimenda por haber llamado a la puerta tan fuerte.

En aquella época el Padre Máximo era ya una persona mayor. No sabíamos determinar su edad, pero desde luego no nos parecía viejo, al contrario, se movía con agilidad. Lo ilustra bien un pequeño detalle: uno de aquellos días un grupo de alumnos hacía carreras en la clase de deporte, el Padre Máximo, que les estaba viendo, sintió el impulso de correr también, y algún rezagado tuvo que acelerar para no quedarse atrás.

Alguna vez –con esa sencillez que tenía su carácter– hacía en clase pequeñas confidencias. Nos contó que de joven explicaba latín, y debía tener facilidad para esa lengua. A la vez sentía una inclinación muy grande por la geología, y se propuso estudiarla sin dejar de atender ninguna de sus obligaciones. Con frecuencia tuvo que sacrificar algunas horas de sueño, hasta que más tarde cursó la carrera de geología. En lo referente al sueño aconsejaba no seguir su ejemplo: había que cuidar su salud y dormir lo suficiente.

Volviendo al relato de las excursiones, en primavera de 1963 fuimos a tierra Estella, y aunque no visitamos unas canteras en las que habían aparecido restos de grandes vertebrados, fue uno de los días que recuerdo como más agradables. Aún guardo cristales de jacinto de Compostela, magnetita, pirita, yeso y otros minerales, y también unos pocos fósiles, recogidos ese día.

Esta excursión era más numerosa que la anterior, debía tener un mayor atractivo y había gente de cursos superiores que repetían la salida que habían hecho otros años.

La primera parada la realizamos bajando el puerto del Perdón, allí tomamos una desviación a la derecha para bajar hasta una cantera de ofita, en la que –además de ofita– recogimos asbesto y otros minerales. De vuelta nos dijo que miráramos bien a las trincheras del camino, que podríamos encon-

trar algo que nos podía interesar. Nosotros sólo veíamos tierra de color rojo, y no encontrábamos nada, hasta que nos indicó que buscáramos jacintos de Compostela de pequeño tamaño. Una vez visto el primero cogimos gran número de ellos, alguno de tamaño cercano al centímetro. Esto sí que eran joyas interesantes, estábamos todos muy satisfechos comparando nuestros hallazgos.

La siguiente parada fue en el monasterio de Irache. Debía conocer muy bien a los Escolapios que residían entonces allí. Le recibieron con mucho afecto, y también a nosotros, y nos mostraron todo lo que podía interesarnos. Visitamos la iglesia y el claustro y vimos también el museo de Ciencias Naturales. Estaba más dotado de muestras de geología que el de Lecároz y no le faltaban tampoco curiosidades biológicas, como un cerdito de dos cuerpos, y un pato de dos cabezas (nunca había oído hablar de un animal bicéfalo).

Después el Padre Máximo dijo la Misa para todo el grupo. Ramiro recuerda que el día anterior, al comentar a los alumnos el plan de la excursión, como de pasada, les dijo que le disgustaba que le urgieran cuando iba a celebrar la Misa. Ese era el momento más importante del día, y no había que tener prisa.

Después de Misa y hasta la hora de comer salimos para dar un paseo por los alrededores del monasterio. Nada más salir fuimos a la fuente que está delante del edificio y nos animó a que dijéramos lo que veíamos. Descubrimos una salamandra, o un tritón, pero todo lo demás lo fue explicando él, enseñándonos a observar lo que había en la fuente. Nos hizo ver la utilidad de una lupa en el campo, y con la que él llevaba pudimos ver una hidra de agua dulce.

Seguimos con el paseo hasta llegar a unas minas abandonadas, y, de pronto, comenzamos a ver unos pequeños cristales, eran pentagonododecaedros de pirita y octaedros de magnetita, que uno de los chicos separaba con un imán. Además de estos minerales recogimos también más asbesto y otros cristales aciculares que no recuerdo lo que son. Regresamos al autobús, que estaba aparcado cerca del Monasterio, comimos, y después de comer fuimos hasta Ayegui.

En Ayegui visitamos una cantera de yeso donde pudimos recoger yeso sacaroideo y fibroso, así como cristales formando maclas en punta de flecha y unos pocos en punta de lanza. Además nos mostró un mineral que no conocíamos, la teruelita, que formaba pequeños romboedros grises dentro de la masa de yeso sacaroideo. Un ejemplar bastante grande de este mineral que encontramos nosotros nos lo pidió el Padre Máximo para su colección. Se los dimos con mucho gusto, aunque nos costó desprendernos de él. De todas formas nunca quedamos a disgusto en los cambios que hicimos con el Padre Máximo.

Después de la visita a las canteras de Ayegui fuimos ya a terreno civilizado, y nos dedicamos a pasear por la bonita ciudad de Estella. Aunque ya entonces nos atraía la arquitectura medieval, no parábamos de hablar de lo que habíamos visto durante el día.

En aquellas excursiones veíamos animales y vegetales, y recogíamos minerales en taludes, canteras y minas. No hacía lo mismo con los fósiles. Que yo sepa, nunca llevaba a un gran grupo a un yacimiento interesante, quizá pensaba que podían destruirlo, no lo sé. Recuerdo que en una de las excursiones recogimos *Nummulites*, estaban en cantos que partíamos unos contra otros o con un martillo que habíamos llevado de casa, pero no en un yacimiento determinado. Lo que sí puedo decir es que luego a nosotros nos indicó algunos yacimientos muy interesantes, que nos permitieron recoger ejemplares

tan atractivos como los cangrejos en las canteras de Orobe, cerca de Alsasua, o los magníficos dientes de tiburón de Ardanaz.

En los Escolapios visitamos muchas veces el museo donde el Padre Máximo tenía su colección y había recogido muchos de sus hallazgos. En unas vitrinas bien iluminadas estaban los fósiles. Ahí se veía especialmente la mano del Padre Máximo. El orden era perfecto, junto a cada ejemplar había una tarjeta –cuidadosamente escrita– con todos los datos: nombre, datación, yacimiento. Descubrimos con admiración que había dos nummulites cuya denominación científica terminaba en “*ruici*” y en “*gaonensis*”, sus dos apellidos latinizados: Ruiz de Gaona.

¿Qué opinión teníamos entonces de él? Supongo que variará de uno a otro de nosotros, pero puedo dar la mía. Quizá por el hecho de no ser alumno suyo tuve una situación de privilegio, me trató con gran confianza desde el primer momento, aunque ya dije antes que nos trataba a todos por igual. En seguida me demostró que nunca intentaba hacer valer su condición de profesor para imponer una observación, realizar un cambio o decirte que estabas acertado o equivocado.

Estaba siempre dispuesto a atender nuestras consultas, se interesaba de veras por nuestras inquietudes. Recuerdo que un día le informamos de unas charlas, que habíamos organizado un grupo de estudiantes, sobre paleontología humana, y a las que habíamos invitado a algunos profesores. En seguida se dispuso a asistir.

La misma actitud tuvo cuando en invierno de 1962 encontramos unos restos arqueológicos en unas pequeñas cuevas en los alrededores de Ibero. Más en concreto en Legin Txiki, entre Ibero y Echauri. En seguida se lo dijimos al Padre Máximo y por sugerencia suya, lo pusimos en conocimiento de la Institución Príncipe de Viana. Llevamos unos huesos y un “puchero” de cerámica a D. José Esteban Uranga y, pasados bastantes días, nos devolvieron los huesos, pero no la cerámica; y además nos prohibieron volver por el yacimiento, ya que debía ser excavado por los expertos. Nos sentimos defraudados. Creo que nos pidieron más de lo que entonces éramos capaces de aceptar. No estábamos dispuestos a que no se contara con nosotros y, lamentablemente, decidimos hacer alguna incursión por nuestra cuenta. El Padre Máximo, como ya he dicho, nos dio un consejo prudente y se mantuvo al margen.

De todos modos este hallazgo tuvo como resultado comenzar un mayor contacto con el grupo de espeleología de la Institución Príncipe de Viana, en el que nos admitieron a los 16 años, en el verano de 1963. Todo esto iba colmando nuestra ansiedad por el conocimiento de la naturaleza.

El pertenecer al grupo de espeleología nos permitió conocer toda la geografía de Navarra; así pudimos recoger muestras geológicas en rincones que de otra forma nos hubiera resultado muy difícil visitar. Después de las excursiones nos gustaba ir a ver al padre Máximo con algún problema nuevo –porque siempre pensábamos que habíamos descubierto algo nuevo–, y él rápidamente nos daba la explicación o nos decía que hiciéramos alguna observación más para tratar de aclararlo.

Una vez realizamos unas fotos con flash en las cuevas de Basajaun-Etxea (Ayerdi es el nombre que se les da ahora), en las proximidades de Lanz. Pensábamos que podía haber algún mineral radioactivo en las formaciones estalagmíticas, ya que después del fogonazo, había estalactitas que quedaban durante algún tiempo con cierta fluorescencia. Fuimos muy excitados todos los amigos a contárselo al Padre Máximo. Nos dijo que, probablemente, la fluorescencia no se debía, como pensábamos nosotros, a alguna sal de uranio,

sino a la particular cristalización de la calcita o del aragonito de esas estalactitas. Por un lado nos defraudaba esa solución, pero por otro nos enseñaba que teníamos mucho que aprender y que la naturaleza estaba, y está, llena de secretos que hay que intentar comprender.

Nosotros acudíamos a él sin tener en cuenta que por su edad podíamos cansarle. Ramiro recuerda que un día pasó el Padre Máximo por la puerta del taller donde estaban él y su padre. Les llamó la atención verle ese día caminar despacio y sin el buen aspecto de otras veces. Le preguntaron si se encontraba mal, y les dijo que hacía poco había tenido una intervención en el oído, y añadió resignado que había sido en vano, porque la arteriosclerosis lo invadía todo. Ramiro, por indicación de su padre, acompañó al Padre Máximo hasta el colegio, que estaba muy cerca. Pero lo habitual era verle animoso, como una persona joven, interesado por lo que le contábamos y dispuesto a ayudarnos.

Después, cuando empecé a estudiar geológicas en 1966, mi relación con el Padre Máximo se restringía a una visita por el verano y otra por Navidades. En esta última casi nunca coincidíamos, quizá estaba con su familia, pero yo aprovechaba para ver el belén de los Escolapios. Siempre me gustó mucho visitarlo, y más tarde también a mis hijas.

También recuerdo algunas anécdotas, como aquella que me comentó en una de las excursiones: una vez en Urbasa, en un trabajo de geología, se perdieron por culpa de la niebla. Las otras personas que estaban con él debían ser conocedoras del terreno, pero no lograban orientarse. Entonces el padre Máximo, al llegar a un punto determinado, sacó un mapa geológico y, bien siguiendo ciertos materiales, o quizá un contacto entre formaciones, consiguió salir del apuro y llevar a todos a un lugar conocido, a una carretera o a un pueblo. Esto que ahora nos parece muy comprensible, no lo era tanto para nosotros y nos maravillábamos de que una persona sabiendo reconocer unos materiales pudiera orientarse y moverse en medio de la niebla. Se nos escapaba esta cualidad del geólogo, no la comprendíamos, y hacía que lo miráramos como alguien con una capacidad que estaba fuera de nuestro alcance.

María Elena y Pachi Alzugaray –amigos del grupo de espeleología– nos contaron esta anécdota: El Padre Máximo estaba un día recogiendo Nummulites en algún monte de Navarra. Se encontró con una pareja de la Guardia Civil, y a los de la Benemérita les llamó la atención ver a una persona como él, llevando un zurrón con piedras y un martillo un tanto extraño, con un mango demasiado largo para lo que ellos estaban acostumbrados. Su sorpresa fue mayor cuando al preguntarle qué hacía y cuál era su profesión, les dijo que recogía fósiles y que era sacerdote Escolapio. Esto era mucho para su idea de lo que era un sacerdote y le dijeron que tenía que acompañarles al cuartelillo, donde le retuvieron, y para convencerse de sus palabras le pidieron que dijera la Misa en el cuartelillo ¡Qué tiempos aquellos! Claro que nos reímos de la situación, pero según nos contaron Pachi y María Elena más se había reído el Padre Máximo cuando se lo contó a ellos. Lo debía contar sólo a personas de confianza, ya que según Ramiro nunca lo contó en clase.

No sabemos si hemos transmitido bien la visión que tenían unos chavales de bachillerato del padre Máximo. Lo que sí tenemos claro es el buen recuerdo que guardamos de él. Después de tanto tiempo, y con más años, lo seguimos viendo como un sabio y un maestro del que aprendimos mucho, y no solamente cosas relacionadas con las Ciencias Naturales. ¡Gracias Padre Máximo!

RESUMEN

En estas líneas se recogen una serie de recuerdos sobre el Padre Máximo y la impresión que causaba en unos chicos de quince años que posteriormente hicieron estudios de Geología. A través de estos recuerdos se muestra cómo estos chavales disfrutaban en las excursiones dirigidas por este gran profesor. No sólo se pone de manifiesto su valía científica, que el paso del tiempo ha destacado, sino también la admiración y atracción que ejercía como persona y gran amante de la naturaleza.

LABURPENA

Lerro hauetan Aita Máximok geroago Geologia ikasi zuten hamabost urtetako gazte talde batean utzitako oroimen eta aztarnak batzen dira. Oroimen hauen bidez ikus daiteke gazte hauek irakasle handi honek antolatzen zituen txangoetan nola gozaten zuten. Lan honekin, denborak erakutsi digun bere balio zientifikoaz gain, pertsona eta naturazale bezala eragiten zuen mirespen eta erakarpena agerian jartzen da.

ABSTRACT

In the following lines a series of memories of Father Máximo are depicted and emphasize the impression he caused on fifteen years old youths who later decided to study Geology. Through these memories it can be seen how these youths enjoyed excursions led by this great teacher. Not only his scientific value, recognized through the years, is shown but also the admiration and a attraction which radiates from him as a person together with his great love of Nature.